

## RELIGION Y REVOLUCION EN LOS ANDES EN EL SIGLO XIX

Jeffrey L. Klaiber S.J.  
*Universidad Católica – Lima*

Hasta hace poco muchos cristianos latinoamericanos se han sentido acomplejados frente a la acusación de que la Iglesia no se preocupa por la justicia social. Las llamadas de Medellín y de las distintas conferencias episcopales nacionales en favor de los pobres y los marginados han contribuido bastante a crear una nueva imagen de la Iglesia. Sin embargo, muchos de estos esfuerzos son ecos de la Iglesia universal o reformulaciones de teologías europeas y no se basan en realidades concretas latinoamericanas. La razón de esto es que la imagen histórica de la Iglesia, salvo casos excepcionales como Bartolomé de las Casas, no parece ofrecer mucha inspiración a los que quieren proyectar un modelo nacional para la renovación de la Iglesia. El propósito de este ensayo es tomar un aspecto de la historia peruana del siglo XIX, las sublevaciones indígenas, y demostrar que, en realidad, la Iglesia tuvo una destacada participación en favor de la población indígena y, lo que es más importante para la elaboración de una teología pastoral basada en la justicia social, que los mismos hombres andinos no sólo no encontraron ninguna incompatibilidad entre su religiosidad popular y la lucha por la justicia social, sino que en algunas ocasiones vieron en el catolicismo popular una inspiración y una legitimación de su causa.

En gran parte la imagen peyorativa de la Iglesia andina es producto de la pluma cáusticamente anticlerical de Manuel González Prada y de algunos indigenistas que se formaron bajo su tutela intelectual. Según González Prada el juez de paz, el gobernador y el cura formaban la “trinidad embrutecedora del indio”. El peor de los tres es el cura, porque él manipula las conciencias de la gente humilde con el fin de extorsionarle sus bienes y mantenerla en una actitud de sumisión. Imbuido en el positivismo del siglo XIX, González Prada concebía la religión y la Iglesia como productos de la ignorancia y superstición de las masas. Según él, “en el Perú existen dos grandes mentiras: la República y el cristianismo”(González Prada 1941: 156). No obstante su campaña en favor de los indios, cabe preguntar hasta qué punto el mayor portavoz del anticlericalismo en el Perú conocía la realidad indígena.

Un estudio de la religiosidad andina en las sublevaciones del siglo XIX también sirve como punto de contraste y comparación con las mejor documentadas y conocidas revoluciones del siglo XVIII, especialmente las de

Juan Santos Atahualpa en 1742 y de Túpac Amaru en 1780. En ambos movimientos los líderes mostraron una actitud de respeto hacia el cristianismo, y Túpac Amaru prohibió expresamente la matanza de sacerdotes o la destrucción de templos. Por otra parte, como lo señala el historiador argentino Boleslao Lewin, la Iglesia oficial se opuso a la revolución de Túpac Amaru y pocos sacerdotes participaron en ella, aunque posiblemente muchos simpatizaban con los indios al comienzo. Lewin llega a la conclusión de que a pesar de la oposición oficial de la Iglesia, los hombres andinos seguían profesando el cristianismo durante la revolución y después de ella (Lewin 1967: 229-275; 408-409).

Es difícil captar el punto de vista indígena en la época republicana, principalmente porque su condición de analfabetos no les permitía escribir su propia historia. La prensa limeña y la de las capitales provinciales no consideraba al indio como un tema digno de mención especial, excepto cuando una sublevación perturbaba la paz y el orden de una región particular. En realidad, hasta el movimiento indigenista del siglo XX, las sublevaciones dieron origen a prácticamente los únicos comentarios extensos acerca de la vida y las costumbres rurales andinas. Se podría objetar que las observaciones acerca de los indígenas en tiempo de rebelión no representan la vida "normal". Por otra parte, una situación de rebelión es precisamente el momento cuando los indios se sentirían más inclinados a revelar sus verdaderas simpatías y hostilidades, desconocidas por la prensa y los intelectuales de la élite dominante.

De las muchas sublevaciones que ocurrieron en el siglo pasado, este estudio se limita a investigar sólo las cinco que más llamaron la atención de la prensa de Lima entre 1850 y 1900: la de Huancané, 1866-1868; Huaraz, 1885; Huánuco, 1895; Huanta, 1896; y Puno, 1895-1897. En realidad, los movimientos de Huancané (1866-1868) y de Puno (1895-1900) representaron una serie de rebeliones que estallaron en distintos sitios en distintos momentos, pero que estaban todas tan estrechamente relacionadas que prácticamente constituyeron un solo movimiento. Hubo también muchas otras sublevaciones con participación campesina, pero como los dirigentes eran mestizos o blancos y el propósito era el de respaldar o derrocar algún caudillo, tales como los enfrentamientos entre el Mariscal Andrés Cáceres y Nicolás de Piérola después de la Guerra del Pacífico, difícilmente pueden ser calificados como movimientos indígenas. De todas las sublevaciones importantes, la mejor documentada es la de Huaraz de 1885. Antes de examinarla, sin embargo, conviene hacer una reseña de las otras para formar una idea más cabal del papel que jugaban la Iglesia y la religión entre los indios en la segunda parte del siglo XIX.

En noviembre de 1866 una masa indígena descendió sobre el pueblo de

Huancané, capital de la provincia del mismo nombre en el departamento de Puno, para protestar contra los intentos del Subprefecto de cobrar la odiosa contribución personal, abolida en 1854 por Ramón Castilla, pero que poco antes había sido restaurada nuevamente por el Presidente Mariano Ignacio Prado. Muy pronto la sublevación se extendió a toda la región del Lago Titicaca. El gobernador de Pusi estaba a punto de ser fusilado, cuando llegó justamente a tiempo para salvarle la vida el obispo de Puno, Juan Ambrosio Huerta. Huerta había llegado ese mismo año como primer obispo de la nueva diócesis de Puno; antes de su nombramiento había sido rector del Seminario de Lima, y años más tarde jugó un papel influyente en la Iglesia peruana como obispo de Arequipa, 1880-1897. Ahora, le tocaba ejercer una influencia decisiva sobre los sucesos sangrientos que perturbaron la paz del altiplano en 1866.

El 11 de noviembre Huerta llegó a Huancané y descubrió que el pueblo ya había nombrado a otro Subprefecto, tranquilizando así bastante la situación. Según un observador, Huerta habló a la gente, y “con sus palabras y ejerciendo algunos actos de su ministerio, logró restablecer completamente el orden” (*El Comercio*, Lima, 11-XII-1866: 2). Desgraciadamente, el prefecto del departamento ya había armado y mandado hacia Huancané una fuerza de 200 hombres bajo las órdenes del Coronel Lizares. Alarmado el pueblo pidió a Huerta que intercediera por ellos ante Lizares. Cuando llegó Lizares, Huerta salió a su encuentro para implorarle que no hiciera renacer el conflicto. El coronel no hizo caso al obispo, y se posesionó del pueblo, mientras que otro comandante desató una represalia contra la población matando a muchos de ellos y despojando a otros de sus ganados. Así, los soldados provocaron una segunda sublevación indígena, y nuevamente Huerta tuvo que intervenir para apaciguar la situación.

El 27 de noviembre, después que se había restablecido el orden, naturales de Huancané mandaron una representación al gobierno central. En el preámbulo, los indígenas se quejaban de que las “bárbaras costumbres que nuestros conquistadores radicarón en la época de su dominación, se han visto hoy entre nosotros renacer aún con mayor barbarie que en aquella funesta época” (*Loc. cit.*) Los abusos específicos mencionados por los puneños fueron: el servicio personal a particulares (el pongaje); el trabajo forzado en obras públicas y caminos, sin ninguna remuneración, ni siquiera un poco “para costearse el uso de la coca”; y las flagelaciones y los encarcelamientos arbitrarios. Por encima de todos estos abusos, los naturales protestaron contra una nueva contribución personal de cinco pesos por cabeza y dos reales para gastos de la catedral. Finalmente, la representación alaba efusivamente a Huerta:

“Felizmente llegó a nuestro seno el Illmo. Señor Obispo de

la Diócesis, a quien nos rendimos humildes, dándole los más clásicos testimonios de nuestro profundo respeto; y ofreciendo con ello una prueba al mismo tiempo de nuestra sumisión y acatamiento a la autoridad superior departamental. En tales circunstancias se desprendió de la provincia de Azángaro sobre nuestro territorio, una fuerza militar organizada por el Señor Coronel Lizares, quien al tomar la plaza de Huancané casi de modo exabrupto, motivó la retirada que de allí hizo el Señor Obispo inmediatamente, dando lugar con estos procedimientos a ponernos nuevamente en alarma. . ." (*El Comercio*, Lima 11-XII-1866:2).

Cabe resaltar el contraste notable entre la postura de Huerta en favor de los indios en esta sublevación, y la actitud del obispo de Cuzco, Juan Manuel Moscoso, que había excomulgado a Túpac Amaru y los demás rebeldes un siglo antes.

Apenas pasado poco más de un año, las heridas de Puno fueron reabiertas en un nuevo conflicto sangriento. Esta vez, el conflicto fue la extensión de una rebelión dirigida contra el Presidente Prado. El dirigente de la facción pradista era el Coronel Juan Bustamante, quien era también un destacado defensor de los indios. Desde noviembre de 1867 Bustamante se enfrentó en una serie de batallas con el Coronel Andrés Recharte, dirigente de la facción anti-pradista. Por fin, en enero de 1868, Bustamante fue vencido por Recharte. En venganza, Recharte hizo asfixiar a 72 seguidores indígenas de Bustamante en el pequeño pueblo de Pusi, y luego mandó matar al mismo Bustamante.

En una carta sin firma enviada a *El Comercio* de Lima, un observador hostil a Bustamante acusó a éste de haber instigado a los indios a sublevarse, "haciendo creer a estas masas que la revolución de Arequipa era contra la religión y a favor de los enemigos de su raza. . .". El autor de la carta denunció a Bustamante como el verdadero enemigo de la religión y la civilización porque quiso "bestializar" a los indígenas. (*El Comercio*, Lima 19-I-1868: 2). Sea lo que hubiera de verdad detrás de esta acusación, el detractor de Bustamante subrayaba la importancia del factor religioso entre los indios. La desaparición de su cuerpo dio origen a varias leyendas acerca de la figura de Bustamante, a quien los puneños casi llegaron a venerar por su campaña en favor de ellos. Es interesante notar, además, que Bustamante, siendo diputado por Puno, había intervenido en el nombramiento de Huerta para obispo de esa diócesis, y hasta hizo gestiones para facilitar el viaje del nuevo prelado a su destino. Finalmente,

su muerte inspiró en gran parte la creación de uno de los primeros grupos pro-indígenas en el Perú, “La Sociedad Amiga de los Indios”(El Comercio, Lima 4-III-1868: 3; Vásquez 1976).

En abril de 1895 los campesinos del departamento de Huánuco se sublevaron y atacaron a la fuerza de policía en el pueblo de Chacabamba. La rebelión se extendió y pronto incluyó las provincias de Dos de Mayo y Huamalíes. Un periódico calculó el número de indígenas sublevados en 3,000, y los habitantes aterrorizados de la ciudad de Huánuco mandaron una petición al gobierno central demandando protección contra “las hordas salvajes que habitan en (la) vecindad. . .”(Documentos, 1895:3). En mayo, el prefecto, Benjamín Novoa, salió con dos batallones para enfrentarse con los sublevados. En su camino los soldados sorprendieron a un hombre que llevaba una carta firmada por un cura de la región, Simeón Zeballos. Con asombro y consternación, los soldados se dieron cuenta de que la carta contenía un plan detallado de contraataque indígena, junto con una exhortación a luchar contra el ejército. Exclamó indignado un corresponsal que leyó la carta:

“Pasma de vergüenza que un clérigo portador de la paz de Cristo, ate a su cintura el puñal de los comuneros; que un cura ordenado, con beca de merced, en el Seminario de Huánuco, haya sido uno de los instigadores de esas turbas para saquear la ciudad. . .” (El Comercio, Lima, 15-VI-1895: 3).

El mismo observador también identificó a Zeballos como el ex-cura de Yanahuara y sobrino del gobernador del distrito, un conocido partidario de Andrés A. Cáceres. Finalmente, el corresponsal acusó a un ex-vicario de Huánuco de haber convertido a los seminaristas en partidarios de Cáceres.

Los datos fragmentarios sobre esta sublevación no permiten hacer una comparación entre Zeballos y el obispo de Puno, Ambrosio Huerta, cuya defensa de los indígenas fue innegable. Además, es difícil distinguir en este caso los intereses puramente políticos del deseo sincero de promover el bien de sus feligreses. No obstante, es revelador el hecho de que el gobierno no contase con el apoyo incondicional y automático del cura local, sino, al contrario, se vio obligado a juzgarlo como un aliado declarado de los sublevados.

Otro caso semejante y ambiguo ocurrió un año más tarde en Huanta, en el departamento de Ayacucho. En toda su historia, Huanta había sido frecuentemente un núcleo o una encrucijada de movimientos revolucionarios. Los indios de Huanta participaron en la insurrección de Juan Santos Atahualpa, y en 1826, desconfiados del nuevo gobierno republicano, lucharon bajo oficiales

españoles que se habían quedado después de la batalla de Ayacucho para formar un movimiento de resistencia. En 1882 estalló otro conflicto sobre las medidas arbitrarias del subprefecto. Cuando apareció repentinamente en medio del conflicto el obispo de Ayacucho, Juan José Polo, con el deseo de mediar entre las facciones en pugna, fue muerto, por equivocación, pues no fue reconocido por los contendientes.

Las causas inmediatas de la sublevación de 1896 fueron un nuevo impuesto a la sal y la decisión del gobierno de restringir la circulación de la moneda feble boliviana. En realidad, había un factor político mezclado en las quejas de los indios. Dos familias importantes de la región, la de Miguel Lazón, partidario de Cáceres, y la de Feliciano Urbina, que lo era de Piérola, se habían entregado a una mutua vendetta a consecuencia del asesinato de Urbina por obra de Lazón en 1890. Ambas facciones intentaron usar los indios para sus propios fines. No obstante los intereses políticos y familiares, esta sublevación merece considerarse indígena, porque los participantes eran casi en su totalidad indios y los fines que pretendían eran sociales, la liberación de abusos concretos que pesaban sobre ellos.

Cuando el subprefecto de Huanta se negó a acceder inmediatamente a sus demandas, varios miles de indios avanzaron sobre el pueblo en setiembre de 1896, matando al subprefecto y algunos otros ciudadanos. Al mismo tiempo, otras sublevaciones estallaron a través de la sierra central a raíz del impuesto a la sal, y muy pronto el gobierno de Lima vio la necesidad de suprimir enérgicamente la rebelión de Huanta, haciendo así un escarmiento para los demás pueblos. Con 800 soldados bajo su mando, el Coronel Domingo Parra fue enviado desde Lima para llevar a cabo esta misión. Cuando llegó en noviembre, descubrió que la población había abandonado Huanta y que cerca de 3,000 pobladores habían tomado posiciones en los cerros alrededor de la ciudad. Parra se vio obligado a usar tácticas guerrilleras para dominarlos, y a mediados de diciembre logró quebrar la resistencia. Las represalias brutales que desató quedaron grabadas hondamente en la memoria de los habitantes de la región durante generaciones que las recordaban en el huayno "Cholo Montonero".

El papel que jugó el cura de Huanta, Pedro Betalleluz, es difícil de determinar. En el enfrentamiento violento entre las familias Lazón y Urbina en 1890, él había ganado la confianza de todos por sus dones de conciliador. Pero sus esfuerzos para mediar entre las tropas del gobierno y los hombres andinos sublevados en 1896 lo convirtieron en objeto de sospecha por parte de Parra y sus oficiales. Los primeros informes enviados desde Huanta después de la entrada del ejército acusaron al cura de haber mandado un ultimatum a Parra exigiéndole

la abolición del impuesto a la sal dentro de ocho días. Aunque uno de los informes declaró que Betalleluz probablemente había sido “presionado” por los rebeldes indígenas, la ausencia conspicua del cura durante los primeros días de la ocupación de Huanta por el ejército aumentó las sospechas sobre su posible complicidad con la sublevación. Por fin, el cura extraviado apareció y se presentó a Parra. Después de pedirle disculpas por su ausencia, admitió que era el autor del ultimatum, pero alegó que lo había compuesto bajo presión ejercida por Miguel Lazón, el principal dirigente cacerista de Huanta. (*El País*, Lima 25-XII-1896: 2; *El Comercio*, Lima 24-XII-1896: 2).

No queda definido si el cura de Huanta apoyó o no libremente a los indígenas. Lo que es más claro es el hecho que una vez más el gobierno no podía fiarse automáticamente de la lealtad del clero local, y más aún, lo veía con cierta sospecha. En otros casos, el papel del clero fue menos ambiguo. El mismo Parra informó con satisfacción que el cura de Luricocha había colaborado bastante en la pacificación de los indios. (*El País*, Lima 25-XII-1896: 2). Aunque aquel cura evidentemente se prestaba a servir a los intereses del gobierno, la referencia de Parra es un tributo indirecto a la influencia de los curas sobre la población indígena.

Se perfila mejor el papel de algunos curas en servicio a los intereses del gobierno en la serie de sublevaciones que estallaron en el departamento de Puno entre 1895 y 1897. Los distintos informes enviados desde las áreas afectadas señalaron como las causas de las sublevaciones, el impuesto a la sal y los abusos cometidos por oficiales del gobierno y de la Iglesia. Los jefes militares que marcharon sobre Chucuito en abril de 1895, por ejemplo, echaron la culpa a las medidas arbitrarias de los políticos locales y de las autoridades eclesiásticas. En la sublevación de Juli de octubre de 1896 el subprefecto subrayó como causas la política represiva del gobernador y los estipendios excesivos que “algunos curas” cobraban para matrimonios y entierros. (*Documentos Juli*: 3).

No obstante estas acusaciones contra los curas, los oficiales encargados de la pacificación de los indios sublevados no vacilaron en aprovecharse de la influencia que los curas ejercían sobre los indios para proseguir sus propios fines. Cuando el subprefecto de Chucuito salió de Juli con refuerzos para luchar en Ilave, él mismo mandó al cura de Juli que lo acompañase en la expedición, “para que empleara su influencia religiosa, disuadiendo a los indios. . .” (*Parte a la subprefectura de Chucuito* 1897: 3). El subprefecto hizo anotar también en su informe que el cura hablaba aymara. En mayo de ese año el prefecto de Puno informó que el orden había sido restablecido en Chucuito. Al mismo tiempo mencionó dos medidas que había tomado para asegurar que no hubiera más

sublevaciones. Su primera medida fue dejar 25 hombres de la guardia civil, además de la guarnición de 12 hombres que ya había en Juli. Su segunda medida consistió en invitar a una misión de Franciscanos de Copacabana para mantener la paz en esa región. Dice el prefecto en su informe:

“Además he organizado una misión de los frailes franciscanos de Copacabana, lo que influirá decisivamente para reconciliar al vecindario con los indígenas, cuyo divorcio ha sido una de las causas determinantes de la pasada sublevación”. (*Ibid.* . . : 1-2).

En todos estos casos estudiados, queda manifiesto el hecho de que el clero ejercía todavía una influencia importante sobre la población indígena del Perú. Según todos los informes provenientes de las regiones afectadas por los alzamientos, tanto los oficiales del gobierno como los ciudadanos locales, blancos y mestizos, consideraban al cura como el eslabón clave entre ellos y los indios. Este reconocimiento es aún más importante cuando se toma en cuenta el hecho de que la inmensa mayoría de los curas que trabajan en las regiones indígenas del Perú fueron blancos o mestizos. En algunos casos, el ejército pacificador juzgaba al cura como un enemigo potencialmente peligroso por su influencia sobre los indígenas. En otros casos, y éstos probablemente fueron más típicos, la fuerza invasora veía en el cura un instrumento para pacificar a los indios. En algunos pocos casos, el clero abogó abiertamente en favor de los indios, hasta llegar arriesgar la vida para protegerlos contra el ejército. Así fue el caso notable del obispo Huerta de Puno.

Lo que es más difícil de captar, empero, es la actitud religiosa de los mismos hombres andinos. Se podría inferir por la influencia de los curas sobre ellos, desde luego, que los indígenas seguían manteniendo su tradicional respeto hacia la religión y su adhesión al cristianismo. No obstante, la acusación de los anticlericales de que los indios estaban “dominados” por los sacerdotes, y que por lo tanto, no expresaban sus verdaderas convicciones, tiene que ser enfrentada con una respuesta más directa. Felizmente, la documentación sobre la sublevación de Huaraz de 1885 es bastante más amplia que la de las demás, y enseña con bastante más claridad cual fue la actitud religiosa indígena durante una rebelión contra el orden establecido.

La causa remota de esta sublevación fue la Guerra del Pacífico, que agravó aún más la pobreza de las clases populares. Las causas inmediatas fueron los abusos cometidos por el prefecto, Francisco Noriega, quien restableció la contribución personal para cubrir varios gastos locales. A éstas habría que añadir el miedo que tenían los indios, justificado por abundantes antecedentes

históricos, de endeudarse más con los hacendados, porque el dinero para pagar el nuevo impuesto tendría que ser adelantado casi necesariamente por los grandes terratenientes del Callejón de Huaylas.

En febrero de 1885 cerca de 40 alcaldes indígenas de las aldeas y estancias ubicadas alrededor de Huaraz elevaron un memorial de quejas a Noriega. Las quejas principales se refirieron al mantenimiento del trabajo forzado en las obras públicas, a la presencia del estanco de la sal y la reimplantación de la contribución personal. Los alcaldes pedían en su memorial que se aboliese la contribución o, por lo menos, que fuera reducida a un sol por persona. La actitud conciliadora del memorial parecía una invitación a negociar pacíficamente. Poco dispuesto a una conciliación con los indígenas, Noriega cometió el primer acto de agresión que precipitó la sublevación, cuando mandó encarcelar a uno de los principales signatarios, Pedro Pablo Atusparia, alcalde de Marián, bajo el pretexto de que se había negado llevar paja al cuartel militar de Huaraz. Noriega exacerbó la situación cuando ordenó que Atusparia fuera torturado para que declarara que él había sido el autor del memorial.

Más tarde, catorce alcaldes indígenas se presentaron ante Noriega para demandar la libertad de Atusparia, pero el Prefecto respondió encarcelándolos a ellos también, y entregándolos al Gobernador, José Collazos. Mientras Noriega estaba ausente en el pueblo cercano de Aija, Collazos llevó al colmo las arbitrariedades ordenando que se cortasen las trenzas a los alcaldes, aunque poco tiempo después los puso en libertad junto con Atusparia. El primero de marzo, un grupo de indios iracundos descendió de los cerros y saqueó las tiendas de los asiáticos en un distrito de Huaraz, pero muy pronto la tropa los expulsó de la ciudad. Como un augurio ominoso, aquella noche aparecieron fogatas en todos los cerros alrededor de Huaraz.

El dique de pasiones reventó la mañana del dos de marzo, cuando 8,000 indígenas, armados con picos, hondas, machetes y algunos fusiles capturados a los chilenos, marcharon sobre Huaraz. Después de una batalla reñida en las calles y la plaza principal, docenas de indios y soldados yacían muertos y heridos, y sólo unos cuantos oficiales y soldados lograron escapar. Con un gesto bravucón, el mismo Noriega, vestido con uniforme de guerra, emprendió camino hacia Huaraz. Pero, al encontrarse con una masa de indios en el camino que venían hacia él, huyó y, disfrazándose de campesino, logró bajar a la costa y de allí a Lima.

El líder proclamado e indiscutido de la sublevación fue Atusparia. Inmediatamente después de la toma de Huaraz, él mandó emisarios a través del Callejón de Huaylas para pedir adhesión a su causa, y pronto estallaron muchas

otras sublevaciones en el Callejón y los valles colindantes, secundando el movimiento de Huaraz. El lugarteniente de Atusparia fue Pedro Cochachín, o "Uchcu Pedro", un minero de Carhuaz. Juntos Atusparia y Uchcu Pedro marcharon por todo el Callejón, posesionándose de Carhuaz, Yungay, Caraz y otros pueblos. Aunque algunos blancos y mestizos tuvieron alguna participación, el movimiento fue esencialmente, desde el comienzo hasta el final, de los indios. Al final de marzo el Callejón de Huaylas estaba bajo el mando soberano de Pedro Pablo Atusparia y sus seguidores indígenas.

Por su propio testimonio se sabe poco de Atusparia. Hasta se ha perdido su partida de bautismo. Las primeras noticias en Lima acerca de él y su sublevación fueron, por supuesto, todas negativas y bastante confusas. *El Bien Público* resumió la ignorancia y el prejuicio general así: "La falange estúpida reconoce como jefe principal al alcalde pedáneo de Huaraz, A. Atusparia". (Cfr. *El Comercio*, Lima, 9-IV-1885: 1; *El Bien Público*, Lima 3-V-1885: 3). El periódico también declaró que los demás indígenas habían dado el título de "Rey Inca" a Atusparia. *El Comercio* publicó la "noticia" alarmante de que Pedro Atusparia, "a quien se atribuye audacia y hábitos de mando, sueña ya con traer sobre Lima sus numerosas, pero desarmadas huestes. (*El Comercio*, Lima 10-IV-1885: 1). Pero el testimonio de testigos oculares y otros contemporáneos de Atusparia crea una impresión bastante más clara y favorable al jefe indígena.

Conmovido por los sufrimientos de los indios, Ernesto Reyna, un joven periodista que vivió en Huaraz y luego en Huarmey, compuso una crónica de la sublevación, titulada, *El Amauta Atusparia*, que se publicó en 1929 con un prólogo de José Carlos Mariátegui, y se reeditó en 1932 con un segundo prólogo de Ricardo Martínez de la Torre. En ese entonces, Reyna se sentía atraído por el socialismo y por el indigenismo, glorificador del indio. En consecuencia, su crónica no resultó un relato frío, ni totalmente objetivo de los hechos, sino una historia novelada y romántica. El mismo Mariátegui dice en su prólogo que la obra de Reyna es más un "reportaje periodístico" que un "ensayo historiográfico" (Reyna 1932: 13). No obstante su tendencia a romantizar los hechos, la crónica tiene gran valor histórico porque, para escribirla, Reyna visitó las estancias vecinas a Huaraz y entrevistó a muchos de los participantes en la sublevación. Como indicio de la veracidad general de la crónica está el hecho de que Reyna, conocido por su anticlericalismo, pinta un cuadro bastante favorable al clero de Huaraz durante la sublevación. Aún más interesante es su conclusión de que, según la opinión unánime de todos, indios y blancos, Atusparia fue uno de los principales defensores de la población blanca contra la venganza de algunos indígenas.

Aún la prensa de Lima admitió que las cosas podrían haber sido peores. En su editorial del 9 de abril de 1885 *El Comercio* informó que después de saquear ciertas tiendas (sobre todo, las de los asiáticos), los sublevados, “no sólo mantuvieron el orden, sino que ofrecieron todo género de garantías a los empleados y soldados del Gobierno . . . ofrecimiento que han cumplido lealmente” (*El Comercio*, Lima 9-IV-1895: 1). Más aún, apuntó el editorial, los indígenas designaron a residentes blancos para los cargos de Prefecto y Subprefecto en Huaraz y las provincias vecinas. Finalmente, cuando el Coronel José Iraola, nuevo Prefecto nombrado en reemplazo de Noriega, derrotó a los indios en Huaraz dos meses más tarde, quiso visitar al caudillo indígena que yacía herido en una casa privada. En reconocimiento de su conducta ejemplar durante los dos meses que había gobernado en la región, Iraola le ofreció garantías y auxilios médicos. En gran parte la vida de Atusparia se salvó, porque los mismos ciudadanos de Huaraz intercedieron por él, sobre todo las mujeres.

Pero el testimonio más elocuente de todos fue el del sacerdote diocesano de Huaraz, Fidel Olivas Escudero, que escribió dos años después de la sublevación:

“El nombre de Atusparia se recordará siempre con gratitud, por haber evitado con su enérgica actitud el nuevo saqueo que habría destruido todos los capitales e importantes edificios de Carhuaz, causando la ruina de esas dignas familias” (Olivas 1887: 124-125).

Carhuaz fue la segunda ciudad que cayó después de Huaraz. El jefe de la expedición para tomarla fue Uchcu Pedro, que representaba la facción anti-blanca entre los indios. Reyna dice en su crónica, con un toque de exageración dramática, que Uchcu Pedro quería matar hasta a los sacerdotes cuando entró en Carhuaz, pero fue detenido por Atusparia. Semejantes choques ocurrieron varias veces entre Atusparia y su lugarteniente durante los dos meses que duró la sublevación. Mientras Atusparia aconsejaba la prudencia, la paz y el orden, Uchcu Pedro propugnaba el exterminio de los blancos y la destrucción de la propiedad.

Reyna pone a Uchcu Pedro en el papel de abogado en favor del retorno a las antiguas costumbres pre-cristianas. Hay, sin embargo, importantes razones para dudar de esta caracterización. Una es la enorme popularidad de las fiestas cristianas entre los indios, ayer y hoy, un fenómeno del cual el mismo Reyna da testimonio en su crónica. Es poco probable que Uchcu Pedro hubiera tenido muchos seguidores, si hubiera manifestado ideas anticatólicas, a lo menos públicamente. Además, en su último testamento, dictado inmediatamente antes

de ser fusilado, el escribano público dejó constancia que Uchcu Pedro “es cristiano, católico, apostólico y romano, en cuya fe ha vivido y protesta vivir y morir” (Antúnez de Mayolo 1957: 16). Finalmente, antes de morir, recibió los últimos sacramentos de la Iglesia. Lo más probable es que Uchcu Pedro se manifestara hostil a los curas de Carhuaz por ser blancos, no por ser sacerdotes.

El joven periodista se acerca más a la verdad cuando describe el comportamiento religioso de Atusparia durante la sublevación. Según Reyna, una de las primeras acciones del jefe indígena después de tomar Huaraz fue la de mandar celebrar una misa para dar gracias a Dios y para pedirle que mandara a “Santiago Apóstol” y a “Gabriel Arcángel” para “pelear por sus devotos hijos indios” (Reyna 1932: 35-36). Aún más significativa fue la actuación de Atusparia durante la Semana Santa, que comenzó ese año el 29 de marzo y que marcó el auge de la sublevación:

“La Semana Santa se celebró con inusitada pompa. Se sacaron muchas procesiones. Atusparia presidió todas las ceremonias. En el cabildo eclesiástico recibió la llave del tabernáculo . . . Como primer alcalde usaba (tan sólo en Semana Santa) capa negra de pana, chambergo con cinta de tres colores, y un gran báculo engalanado con campanillas de plata” (Reyna 1932: 52).

Esta descripción concuerda con la antigua costumbre española, según la cual el alcalde llevaba la llave del tabernáculo colgada del cuello durante las fiestas importantes, como símbolo de su autoridad religiosa y política. Además, los alcaldes indígenas siempre llevaban su vara, símbolo de su autoridad política, a todas las funciones públicas. Otro historiador regional, el Padre Alfonso Ponte, quien había conocido personalmente a Fidel Olivas Escudero y a otros testigos de los acontecimientos, afirma que Atusparia no solamente ordenó a todos los indios que asistiesen a las ceremonias de Semana Santa, sino que él mismo las presidía. Según Ponte, así fue la participación de Atusparia en las ceremonias del Jueves Santo:

“Los sacerdotes le ofrecen el hisopo; se santigua; y luego ingresa a la iglesia; el pueblo se levanta y lo contempla pasar, severo, natural y dominador. A la hora conveniente se le lleva la Paz, para el ósculo ritual. Se levanta y lo da. Por la tarde, asiste al ‘lavatorio’. Ofrece pesos de

piña y besa los pies de los ‘apóstoles’. El Viernes Santo hace la adoración y ofrenda también su óbolo”. (Ponte 1943: 96).

Lo mismo que Reyna, Ponte anota que el fervor religioso parecía *in crescendo* aquella semana. Toda la “aristocracia” indígena apareció vestida de sus mejores trajes, y un inusitado número de indios desfiló en las procesiones de Semana Santa. Aquella semana no solamente fue la primera vez desde la Conquista que los indios mandaban en su propio valle, sino que también fue la primera vez que asumían papeles tan importantes en la liturgia católica.

El tercer miembro principal de las *dramatis personae* de la sublevación, además de Atusparia y Uchcu Pedro, fue el sacerdote Fidel Olivas Escudero. Nacido en una familia de clase media del distrito de Huari, el joven Olivas Escudero fue enviado a Lima para estudiar en el Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe. En 1870 ingresó en el Seminario de Santo Toribio, pero tuvo que retirarse por razón de mala salud. Intentó una segunda vez seguir la carrera sacerdotal, entrando en el Seminario Central de Santiago de Chile, donde fue ordenado en 1874. Regresó al Callejón de Huaylas donde se dedicó a la prédica misional. En 1878 se incorporó al clero de Huaraz, donde permaneció hasta 1900, cuando fue nombrado obispo de Ayacucho. Aunque daba la impresión de ser severo y taciturno, fue altamente estimado tanto por los blancos como por los indios. Después de la caída de Huaraz en 1885, organizó una misión de la Cruz Roja y se entrevistó con Atusparia para interceder por las vidas de los residentes (Reina Loli 1971: 235-257).

Así como Atusparia salvó a Carhuaz de la destrucción, Olivas Escudero tuvo una participación destacada en la liberación de Yungay de la ira de Uchcu Pedro. Después que Atusparia y Uchcu Pedro tomaron Yungay el 4 de abril, Sábado Santo, los indios se entregaron a un saqueo desenfrenado y comenzaron a matar bárbaramente a los habitantes. Más tarde, Olivas Escudero recordó los sucesos trágicos de aquella invasión:

“No hay palabras como expresar el pánico y los sufrimientos morales de todas esas familias, que errantes vagaban buscando un lugar seguro para salvar sus personas, lugar que no lo encontraban en ninguna parte . . . La intervención de los sacerdotes, que siempre ha sido objeto del respeto y veneración de la raza indígena, en esos aciagos días era casi nula. Los mismos templos profanados sacrílegamente, buscando a los

*blancos*, como los llamaban” (Olivas 1887: 125).

En su desesperación, Olivas Escudero y el cura de Yungay sacaron al Santísimo en procesión, y caminaron juntos en medio de la carnicería por las calles de la ciudad. Declaró Olivas Escudero, modestamente, que esta acción y “los incesantes esfuerzos de algunos sacerdotes” lograron salvar a Yungay de la destrucción total (Olivas, 1887: 125). Al mismo tiempo Atusparia intervino y distrajo a Uchcu Pedro confiándole una nueva misión, la de enfrentar a las fuerzas del orden que ya estaban subiendo la Cordillera Negra desde Casma, rumbo a Huaraz.

Desde Yungay, Atusparia emprendió marcha hacia Caraz. Esta vez la situación fue bastante diferente. Olivas Escudero y los otros sacerdotes de la región salieron al encuentro del jefe indígena con vestiduras litúrgicas. Un sacerdote llevaba la custodia con el Santísimo Sacramento expuesto. Según un testigo ocular, Atusparia se arrodilló delante del Santísimo en adoración, y enseguida los demás indios lo imitaron (Angeles 1963: 116-117). Así, mediante la intercesión de los sacerdotes, la ciudad de Caraz se rindió pacíficamente y Atusparia prometió respetar las vidas y la propiedad de los ciudadanos.

Mientras tanto, el Coronel José Iraola, quien había partido de Casma al mando de las fuerzas gubernamentales, cruzó la Cordillera Negra y tomó Yungay a fines de abril. En una batalla sangrienta a las afueras de la ciudad, las tropas gubernamentales, mejor armadas, entrenadas y organizadas, triunfaron sobre el ejército indígena. Desde Yungay, el Coronel Callirgos encabezó las fuerzas gubernamentales en su marcha hacia Huaraz, donde Atusparia y Uchcu Pedro habían concentrado sus fuerzas. Se fijó la llegada de Callirgos para el 3 de mayo, la fiesta del Señor de la Soledad.

Parece una ironía fatalista el hecho de que el apogeo victorioso de la sublevación fuera en Semana Santa, mientras que su desenlace sangriento fuera la otra gran fiesta indígena, el Señor de la Soledad. La noticia de la llegada de Callirgos provocó el pánico entre la población. No obstante, decidieron celebrar la fiesta y sacaron la imagen del Señor de la Soledad para la procesión anual. Precedida por las pallas, que entonaban cantos solemnes y melancólicos, la imagen fue llevada por las calles, acompañada por miles de indios aprensivos, muchos de ellos embriagados. Hay cierto desacuerdo sobre por qué los sublevados realizaron la procesión a pesar de que estaban plenamente conscientes de la amenaza que tenían encima. Ernesto Reyna afirma que Atusparia aconsejó levantar barricadas en vez de participar en la procesión, pero que en su pánico, ellos prefirieron buscar refugio y alivio en la embriaguez y la religión. Manuel Reyna Loli, sobrino de Ernesto Reyna y estudiante serio de la historia ancashina, rechaza esta interpretación y sostiene que más bien Atusparia quería que los

indios tuvieran la procesión tradicional, precisamente para calmarlos como una medida preparativa para la batalla venidera (Comunicación personal, Lima 15-VIII-1974). Además, Atusparia vio la procesión como un recurso para frenar un nuevo saqueo de la ciudad por los indígenas. Efectivamente, apenas había terminado la procesión cuando llegó Callirgos a las afueras de la ciudad. A la cabeza de varios miles de indios, Atusparia y Uchcu Pedro salieron a la batalla, juntos por última vez. Después de un combate reñido, los sublevados fueron derrotados, Atusparia regresó herido a Huaraz, y Uchcu Pedro fugó hacia los cerros con muchos de sus seguidores. La huída de Uchcu Pedro obligó a Olivas Escudero a servir de nuevo como mediador. Siguiendo su propia propuesta, el joven sacerdote se dirigió hacia la Cordillera Negra con una pequeña delegación en busca del jefe rebelde. Los indios llevaron a Olivas Escudero a Uchcu Pedro, que, tras breve diálogo, rechazó los términos de paz ofrecidos de parte de las fuerzas de ocupación. Olivas Escudero regresó a Huaraz, y el 11 de mayo Uchcu Pedro atacó la ciudad. Esta vez la victoria de las fuerzas gubernamentales fue decisiva, y Uchcu Pedro huyó de nuevo hacia los cerros. Buscado implacablemente por los soldados, fue capturado y fusilado en Casma en setiembre de 1885.

La suerte de Atusparia fue más afortunada, por el momento. Mediante la intercesión de las mujeres de Huaraz, se le perdonó la vida, y, en reconocimiento de su papel conciliador durante la sublevación, el nuevo prefecto le concedió amnistía total. En diciembre de ese año Andrés Cáceres derrocó a Miguel Iglesias, y algún tiempo después invitó al héroe indígena a visitarlo en el palacio presidencial de Lima. Atusparia trajo consigo a su hijo para la entrevista con el presidente, quien dio una beca al muchacho. El motivo que ocasionó la muerte de Atusparia queda envuelto en el misterio. Murió envenenado durante una fiesta con los demás jefes indígenas en agosto de 1887, posiblemente porque su trato con los hombres poderosos del mundo de los blancos le había hecho caer bajo sospecha.

Por su parte, Fidel Olivas Escudero volvió a sus múltiples actividades en Huaraz. En 1886 pronunció la oración fúnebre con motivo de la traslación de los restos de las víctimas de la invasión indígena en Yungay. En ella, habló de “nuestros desgraciados ilotas a quienes su ignorancia, sus indomables pasiones y, más que todo, la malicia o debilidad de sus caudillos, les arrojó a los abismos del desorden (Olivas 1911; II: 274). Sin duda, se refirió sobre todo a Uchcu Pedro. Fue un escritor prolífico, pues compuso numerosos ensayos sobre diversos temas religiosos y políticos. Durante la presidencia de Nicolás de Piérola fue elegido diputado por el distrito de Pomabamba. En 1900 fue nombrado obispo de Ayacucho, y en ese puesto permaneció hasta su muerte en 1935.

Esta reseña del comportamiento ejemplar de los dos eclesiásticos, Ambrosio Huerta, en Puno, y Fidel Olivas Escudero, en Huaraz, debe ser complementada con un estudio de otros, menos meritorios, clérigos del período. De vez en cuando aparecían noticias de la existencia de curas que parecían cumplir casi perfectamente en su vida las descripciones más desfavorables de la prensa anticlerical. Cf. *El Comercio*: Lima 17 y 24-XI-1866: 4). Por otra parte, hay indicaciones de que también hubo durante este periodo clérigos de menos fama, pero de la misma calidad que Huerta y Olivas Escudero. En octubre de 1896 los indígenas de Huaylas firmaron una petición al arzobispo pidiéndole que les devolviera su cura, que había sido destinado a otra parte. En la petición, afirmaron que querían el retorno del cura, “por el Quechua que entendía y hablaba y sus dotes de piedad y nobleza”, y porque “ha sido caritativo con los pobres y no fue tirano en cobrar el arancel fijado por V.S.I. . . .” (*El Comercio*, Lima 19-X-1896: 3). Es interesante anotar, también, que había sacerdotes entre los miembros de la “Sociedad Amiga de los Indios”, fundada en 1867 por los directores de *El Comercio*.

Aunque el comportamiento del clero fue importante, tal vez no sea el hecho más significativo en las sublevaciones indígenas del siglo pasado. Lo que más llama la atención es la fidelidad de los indios a su catolicismo tradicional durante estos períodos de agitación revolucionaria. Aunque sería difícil demostrar directamente que la religión misma fuera un factor motivador de las sublevaciones, pues carecemos de suficiente documentación, queda claro el hecho de que la religión no inhibió a los indios en su lucha contra la injusticia social. Aún más, como en el caso de Huaraz, el fervor religioso parecía crecer durante la sublevación. Esto, desde luego, podría reflejar un entusiasmo momentáneo inflamado por las primeras victorias. Pero, también, podría significar el orgullo que sentían los pobladores andinos al verse de nuevo dueños de su tierra, orgullo que manifestaron en los ritos comunales de mayor arraigo popular, las fiestas religiosas de Semana Santa y del Señor de la Soledad.

Hay algo en la actitud reverente del caudillo indígena que presidió las ceremonias de Semana Santa en Huaraz de 1885, que escapa a los esquemas mentales de la élite intelectual del Perú del siglo pasado. Para los liberales de la primera y segunda generación, la religión se percibía como una fuerza en el hombre que refrena sus pasiones y le conduce a ser un ciudadano obediente. Al poner fin repetidas veces al saqueo y al ordenar a sus seguidores participar en actos públicos religiosos, Atusparia demostró que compartía en algo este concepto. Pero, el jefe indígena hizo también lo que aún una tercera generación de liberales, la de González Prada, concebía como imposible. Influidos por los

dogmas de la ilustración y del positivismo, veían una profunda contradicción entre la creencia religiosa y el progreso y la justicia social. Pero, Atusparia y los indígenas ancashinos se habían rebelado contra los abusos de un gobierno liberal sin disminuir en absoluto su fidelidad al catolicismo popular. Inspirados por sus propias tradiciones, los indios habían llegado a experimentar y a aceptar como normal una compatibilidad entre su catolicismo popular y la lucha por la justicia social.

Desde luego, los indios no elaboraron esta compatibilidad, que evidentemente sentían, en términos formales o escritos. Faltando los medios de comunicación para escribir su propia historia, ellos expresaron sus frustraciones en frecuentes sublevaciones y manifestaron el sentido religioso de las sublevaciones en los ritos comunales de la procesión y la misa. Además, es importante subrayar el sentido cristiano de la misma sublevación. Por ejemplo, Atusparia no permitió que su movimiento degenerara en una secta racista. El diálogo conciliador entre él, Olivas Escudero y otros mantuvo vigente el elemento multi-racial y universal del cristianismo profesado por los indios.

En general, las muchas sublevaciones indígenas del siglo XIX y del comienzo del siglo XX tuvieron poco impacto sobre la política nacional. En gran parte fueron estallidos regionales sin unidad substancial entre sí. Además, los indios no tenían ningún programa ideológico que les hubiera comprometido a buscar nuevas metas después de alcanzar una reforma inmediata. Por encima de todo, las sublevaciones reflejaron la frustración de los indios frente a las promesas incumplidas de la República liberal, que había destruido el viejo paternalismo español pero sin concederles poder político y económico efectivo como recompensa. La fidelidad de los indios a su catolicismo tradicional representaba en gran parte un profundo rechazo de los vacíos valores del liberalismo y del positivismo, que se burlaban de las creencias de las clases populares en nombre de la ciencia y del progreso.

Pero el significado más profundo de estas sublevaciones fue el hecho de que los indios, sin el apoyo intelectual de una doctrina social de la Iglesia, habían intuído y expresado en ritos religiosos la compatibilidad intrínseca que sentían entre su fe tradicional y la lucha por la justicia social. A la luz de estas consideraciones, el cristiano latinoamericano del siglo XX puede inspirarse con más confianza en su propia experiencia histórica como punto de partida para la elaboración de una teología latinoamericana. En el caso concreto del Perú, las clases populares a veces han captado el mensaje esencial del Evangelio mejor que la misma Iglesia oficial. Pero tanto la Iglesia oficial como las clases populares

forman parte de la historia del cristianismo en el Perú y en América Latina. Ciertamente, la colaboración y simpatía mutua entre el cura Fidel Olivas Escudero y el caudillo indígena Pedro Pablo Atusparia, durante la sublevación de Huaraz en 1885, presenta una imagen histórica bastante positiva de una Iglesia y un pueblo unidos en una fe y en una lucha común.

## BIBLIOGRAFIA

ANGELES FIGUEROA, Artemio

1963 *Yungay, tierra mía*, Lima

ANTUNEZ DE MAYOLO, Santiago

1957 *Ediciones de la Revista El Luzuriaguino*. Lima

## DOCUMENTOS

1895

*Documentos sobre la destrucción de fuerzas del orden que a las órdenes de los subprefectos de las provincias de "Dos de Mayo" y "Huamalies", marchaban a restablecer la tranquilidad en aquellas circunscripciones*, Huánuco (21 de Abril). Biblioteca Nacional, Sala de investigaciones, D7331

## DOCUMENTOS JULI

1896

*Documentos sobre los graves sucesos promovidos por los indígenas de la ciudad de Juli* (12 noviembre 1896). Biblioteca Nacional, Lima. Sala de Investigaciones, D7811

GONZALEZ PRADA, Manuel

1941 *Prosa Menuda*. Ediciones Imán, Buenos Aires.

LEWIN, Boleslao

1967

*La rebelión de Túpac Amaru y los orígenes de la independencia de Hispanoamérica*, 3ra. edición; Sociedad Editora Latinoamericana, Buenos Aires.

OLIVAS ESCUDERO, Fidel

1887

*Curso de geografía para escuelas y colegios de instrucción media, arreglado conforme al programa oficial*, Lima

OLIVAS ESCUDERO, Fidel

1911

*Obras de Mons. Dr. . . . . ., Obispo de . . . Ayacucho*, 2.vols. Lima

PARTE A LA SUBPREFECTURA DE CHUCUITO

1897

*Parte elevado a la subprefectura de la provincia de Chucuito por el comisario de policía de la frontera de Perú con Bolivia, informándole sobre los sucesos de Ilave, Ilave (Abril 10-1897)*. Biblioteca Nacional, Lima. Sala de Investigaciones, D4551

PONTE, Alfonso

1943

*Por la senda*, Lima

REINA LOLI, Manuel

1971

*Justicia et Pax: En memoria de Mons. Fidel Olivas Escudero*, Lima

REYNA, Ernesto

1932

*El Amauta Atusparia*, 2da. ed. Lima

VAZQUEZ, Emilio

1976

*La rebelión de Juan Bustamante*, Ed. Mejía Baca, Lima

